

EL LUGAR DE TELES EN LA FILOLOGÍA

Muchos son los especímenes valiosos de la literatura griega que nos han llegado a través del antólogo Juan Estobeo (s. V d.C.). Entre ellos los singulares restos de la obra de Teles, un orador de la filosofía moral o «filósofo popular» del s. III a. C., de quien la posteridad no ha guardado ninguna otra memoria: son ocho extractos de diversa extensión que tratan sobre el aparentar y el ser, la autosuficiencia, el exilio, la pobreza (dos), el placer como falso fin de la vida, las circunstancias y la imposibilidad. Para el conocimiento de la actividad de Teles como moralista disponemos tan sólo de este reflejo antológico, que, además, según informa uno de los lemas, proviene no directamente de los escritos del autor sino de un epítome de los mismos debido a un tal Teodoro. Con todo, no deja de ser éste el testimonio más directo y espontáneo que poseemos del fenómeno de la «predicación moral-popular» en la Grecia antigua. Pues bien, nos proponemos aquí hacer un breve repaso del tratamiento que la filología ha reservado a estos restos «literarios» así como al misterioso personaje al que vienen adscritos.

Hasta donde hemos podido remontarnos, los manuales del s. XVIII presentaban a Teles como filósofo pitagórico. Así Johann Albert Fabricius, en el primer volumen de su *Bibliotheca Graeca* (1705)¹. Debemos decir que se presentaban aquí erróneamente bajo el nombre de Teles dos excerptas anónimas transmitidas por el mismo Estobeo que ya le atribuyera Gesner en sus ediciones segunda y tercera de la *Antología*². Representa un error manifiesto

¹ *Bibliotheca Graeca sive notitia scriptorum veterum Graecorum quorumcumque monumenta integra aut fragmenta edita extant*, editio quarta variorum curis emendatior atque auctior curante Gottlieb Christophoro Harles. Accedunt I. A. Fabricii et Christoph. Augusti Heumannii supplementa inedita, Volumen primum, Hamburgo 1790, p. 876 (reimpr. Hildesheim 1966).

² Estas ediciones fueron las que conformaron la *vulgata* de la obra de Estobeo: C. Gesner, *Ioannis Stobaei Sententiae*, Basilea 1549², Zurich 1559³. En cuanto a las excerptas

que no merece mayor comentario el hecho de que Harles, al elaborar la cuarta edición de la *Bibliotheca*, identificase también a nuestro autor, en una nota suplementaria, con el mitógrafo del mismo nombre recogido en Eudocia³. En cambio, resulta interesante para nosotros su nota⁴ al elenco de pitagóricos reunido por Fabricius, donde pone Harles de manifiesto la profusa vaguedad con que fue compuesto dicho elenco, al incluirse por ejemplo a ciertos personajes *aut qui eclecticici fuerunt, aut obscura nomina*. En efecto, tal debió de ser sin duda el caso de Teles. Hasta el momento, pues, vemos a éste extrañamente asignado a una escuela filosófica de la que —pensamos— se tomaba sobre todo la imagen común de su sabio ascético y mendicante. Y lo vemos también ligado a un material espurio.

En realidad no fue hasta el s. XIX cuando Niebuhr⁵ «redescubrió» a Teles para la filología, sacándolo de un olvido de siglos —*quasi ex inferis*, dirá luego Hense—. Fue de hecho quien primero le dedicó un estudio, movido por el interés que le suscitó el texto en torno al exilio para el conocimiento de la llamada Guerra Cremonidea. Definía Niebuhr a Teles como «filósofo de la vida práctica» (*Lebensphilosoph*) y consideraba valiosos los restos de su obra por habernos conservado, «elementos fastidiosos aparte» —apostillaba—, algunos rasgos muy interesantes de la vida del Ática postclásica, y, más aún, valiosos como documentos excepcionales del dialecto ático tardío (es decir, de los inicios de la coíné)⁶. Al insigne filólogo e historiador, que habla de Teles prácticamente como si lo tuviese por ateniense, debemos también la primera cronología explícita del autor, cuyo *floruit* estableció a mediados del s. III a.C., a partir de ciertas referencias históricas contenidas en el citado texto. Se preguntaba Niebuhr qué más se nos ha conservado en prosa de dicho siglo, aparte de los *Mirabilia* de Antígono de Ca-

mencionadas (ambas con el lema «Extracto de la Comparación de la Riqueza y la Virtud»), la primera de ellas (= Estobeo IV 31 a, 34 Hense) contiene un discurso auto-apologético de la Riqueza; la segunda (= Estobeo IV 31 c, 84 Hense), un discurso de la Virtud en favor de la Pobreza.

³ Cf. *Violarium* 85, p. 144 s. Flach, donde un Τέλης (o Τέλλης; mss Τέλης o Τέλλης) da una versión inusitada de la muerte de Aquiles (a manos de Pentesilea). Harles llega incluso a sugerir la posibilidad de que nuestro Teles hubiera tratado este episodio en uno de sus *sermones*.

⁴ *Ibid.*, p. 826 n. a.

⁵ B.G. Niebuhr, «Über den Chremonideischen Krieg» (1826), en *Kleine historische und philologische Schriften*, Bonn 1828, pp. 451-463.

⁶ *Art. cit.*, p. 451.

risto, los *Catasterismi* de Eratóstenes de Cirene y el segundo libro del *Oeconomicus* del Pseudo-Aristóteles. Y, acto seguido, declaraba que, ante tal situación, devienen interesantes escritos que, de otro modo, se habrían pasado por alto⁷.

Así pues, en el primer juicio moderno que tenemos sobre Teles no resulta éste muy elogiado por sus valores propios. Es decir, ya desde un principio, entra en la filología moderna por razones circunstanciales: se aprecia más como un medio para el conocimiento de otros objetos que como un objeto de conocimiento por sí mismo. Debemos decir al respecto que todavía no se tenía conciencia de la verdadera naturaleza y de la finalidad específica de la producción «literaria» de Teles, desde donde se habría podido sin duda explicar mucha de aquella pesadez que sus textos producían en Niebuhr. Pero incluso cuando se tuvieron más claras esas peculiaridades (como veremos, gracias a Wilamowitz), un autor como Müller⁸, al responder al llamamiento que hiciera Niebuhr acerca del valor lingüístico del material teleteo, sintió todavía la necesidad de justificar su tratado, repitiendo el mismo argumento de la falta de textos contemporáneos en prosa de mejor calidad. Ahora, como luego, podemos constatar la resistencia de los estudiosos a intentar un examen y una comprensión desinteresada de los fragmentos teleteos. Sin ir mas lejos, Rose⁹ seguía diciendo que la época en que vivió Teles era un misterio para nosotros, en la idea de que los datos aducidos por Niebuhr a partir del extracto sobre el exilio no afectaban sino a la fuente allí presuntamente reproducida, Estilpón de Mégara. Expedientes de la *Quellenforschung* como éste enturbiarán y tergiversarán de manera creciente la lectura más clara y recta (también la más sencilla) de nuestro autor.

El esfuerzo básico de comprensión lo debemos a otro insigne filólogo, al mencionado Wilamowitz, en un *excursus* de su monografía sobre Antígono de Caristo¹⁰. Según Wilamowitz, de nada servía calificar sin más a Teles de «superficial moralista», sino que había que intentar entender su estilo en el marco de las formas li-

⁷ *Ibid.*, p. 452.

⁸ H. v. Müller, *De Teletis elocutione*. Diss. Friburgo de Brisgovia 1891, p. 1 s.

⁹ V. Rose, *Aristoteles Pseudepigraphus*, Leipzig 1863 (reimpr. Hildesheim-Nueva York 1971), p. 70.

¹⁰ U. v. Wilamowitz-Möllendorff, *Antigonos von Karystos* (Philologische Untersuchungen, 4) [Excurs 3: «Der kynische Prediger Teles», pp. 292-319], Berlin 1881 (reimpr. Berlin-Zurich 1965).

terarias antiguas y al autor mismo a la luz de su época y medio, todo ello sin dejar de tener en cuenta el doble proceso de selección con que nos han llegado los textos conservados, aunque al filólogo no le parecía que se hubieran introducido en ellos elementos extraños¹¹.

Wilamowitz desechó ya como espurias las dos excerptas anónimas que habían sido sin más atribuidas a Teles: según el filólogo, respondían a otro género literario, el de la alegoría lucianesca, y su autor debió de vivir cuatro o cinco siglos más tarde¹². Vino también Wilamowitz a identificar de una vez con criterios objetivos y convincentes el signo de la moral de Teles, afirmando que debía éste ser considerado como puramente cínico¹³. No pitagórico, como todavía encontramos en Welcker¹⁴ y asimismo en algún diccionario o repertorio bibliográfico de la época¹⁵. Ni *Stoicus paene Cynicus*, como pensaba Zeller¹⁶. Ni megárico, discípulo de Estilpón con simpatías estoicas, como dirá poco después Bergk¹⁷. Pero el aspecto más importante de la contribución de Wilamowitz

¹¹ *Op. cit.*, p. 293. Esta será la opinión predominante sobre el proceso de transmisión de los textos. Cf., sin embargo, *infra*, n. 50.

¹² *Op. cit.*, pp. 293-295.

¹³ *Op. cit.*, p. 298 s.

¹⁴ F.G. Welcker, «Prodikos von Keos, Vorgänger des Sokrates», en *Kleine Schriften*, II: *Zur griechischen Litteraturgeschichte*, Bonn 1845, pp. 393-541, en p. 495 n. 248.

¹⁵ Cf. W. Pape, art. «Τέλης» 2, en *Wörterbuch der griechischen Eigennamen*, Dritte Auflage, neu bearbeitet von G.E. Benseler, Zweite Hälfte Α-Ω, Braunschweig 1863-1870, p. 1504 s.; W. Engelmann (ed.), *Bibliotheca scriptorum classicorum*, I: *Scriptores Graeci*, Achte Auflage, umfassend die Literatur von 1700 bis 1878, neu bearbeitet von E. Preuss, Leipzig 1880 (reimpr. Hildesheim 1959), p. 727.

¹⁶ E. Zeller, *The Stoics, Epicureans and Sceptics*, translated from the German of E. Z. by O.J. Reichel, A new and revised edition, Nueva York 1879 (reimpr. 1962), p. 48; Id., *Die Philosophie der Griechen in ihrer geschichtlichen Entwicklung dargestellt*, II 1: *Sokrates und die Sokrater. Plato und die alte Akademie*, Fünfte Auflage (Obdruck) mit einem Anhang von E. Hoffmann, «Der gegenwärtige Stand der Platonforschung», Leipzig 1922 [= 1888*] (reimpr. Hildesheim 1963), p. 327 n. 1; III 1: *Die nacharistotelische Philosophie*, Fünfte Auflage, Manualdruck der vierten Auflage, hrsg. v. E. Wellmann, Leipzig 1923 [= 1909*] (reimpr. Hildesheim 1963), p. 44 ss. La primera edición de *Die Philosophie...* es de 1844-1852. Cf. luego H. v. Arnim, recens. a O. Hense, *Teletis Reliquiae*, Friburgo de Brisgovia 1889, *GGA* 1890, pp. 124-128; W. Crönert, *Kolotes und Menedemos, Texte und Untersuchungen zur Philosophen- und Literaturgeschichte* (Studien zur Palaeographie und Papyruskunde, 6), Leipzig 1906 (reimpr. Amsterdam 1965), p. 49; Id., «Eine Telesstelle und Anderes», *RhM* 62, 1907, pp. 620-625 (= «Un luogo di Telete ed altri passi», en Id., *Studi Ercolanensi*, Introduzione e traduzione a cura di E. Livrea, Nápoles 1975, pp. 217-222); y aún A. Pennacini, «Cercida e il secondo cinismo», *AAT* 90, 1955-1956, pp. 257-283, en p. 279 s.; M. Pohlenz, *La Stoa. Storia di un movimento spirituale* (trad. de la 2. ed. alemana de 1959), Florencia 1967 (reimpr. 1978), I, p. 340 n. 8; o A.J. Festugière, *Deux prédicateurs de l'Anti-quité: Télés et Musonius*, Introd. et trad., Paris 1978, pp. 9-12.

¹⁷ Th. Bergk, *Griechische Literaturgeschichte*, Aus dem Nachlass hrsg. von R. Peppmüller, IV, Berlin 1887, p. 529 ss.

a la comprensión de Teles fue el descubrimiento de la esencia y funcionalidad propias del modelo literario al que obedecían en origen los textos conservados¹⁸: la «predica» (*Predigt*) o conferencia-lección (*Vortrag*) del filósofo-moralista itinerante (*Wanderlehrer*). Este fenómeno, según Wilamowitz, respondía a los nuevos condicionamientos de la enseñanza de la filosofía en el mundo helenístico: la participación activa del público venía sustituida ahora por el «diálogo ficticio» creado por el desdoblamiento psicológico del propio «predicador», quien tampoco tenía ya como función la producción de ideas originales sino simplemente servir de intermediario entre la sabiduría de los grandes maestros y la comunidad¹⁹.

Para Teles, negando que fuese ateniense, propuso además Wilamowitz una patria, Mégara, y repartió el escenario de su actividad como «predicador» entre dicha ciudad y Atenas. En realidad, ninguno de los indicios que tomó en consideración Wilamowitz resulta probatorio al respecto, como él mismo reconocía²⁰, pese a lo cual los estudiosos posteriores han repetido estas suposiciones, sobre todo la referente a la patria, como si de datos seguros se tratase. Detalles al margen, el término *Prediger* que utilizó Wilamowitz, si dejamos a un lado las connotaciones religiosas que posee en las lenguas modernas, puede recoger bastante bien (a falta de uno mejor) la índole de la actividad moralizadora de Teles. Significa, por otro lado, un avance notable en la consideración filosófica y literaria de Teles el hecho de que Wilamowitz suponga, con suficiente fundamento y toda verosimilitud, que ejerció éste su actividad no sólo en torno al 240 a.C.²¹ (como arbitraria y simplistamente supondrá pronto Hense) sino también en torno ya al 263 a.C.²². Ahora bien, el hecho de que Teles se autodenomine ante su público «παίδαγωγός»²³ lo interpretó Wilamowitz en un senti-

¹⁸ *Op. cit.*, p. 307 ss., p. 311 s.

¹⁹ Cf. R. Nickel, «Die ἀρχαῖοι des Teles», *RhM* 116, 1973, pp. 215-221, en p. 220 ss.

²⁰ *Ibid.*, p. 300 ss.

²¹ Esta es la fecha que se deduce para la «predica» sobre el exilio a partir de la referencia en ella contenida (*rel.* III 23, 9-11 Hense) a los servicios que el espartano Hipomonte prestaba entonces (ὑπὸν) al rey Ptolomeo como gobernador en Tracia, después de haber sido desterrado de Esparta (241 a.C.)

²² La guerra mencionada por Teles en *rel.* IV⁸ 47, 3 s. Hense se ha identificado con la llamada Cremonidea, cuya conclusión se sitúa entre los años 263/2 a.C. En defensa de esta cronología más alta para Teles, cf. también P. Hartlich, «De exhortationum a Graecis Romanisque scriptarum historia et indole», *Leipziger Studien* 11, 1889, pp. 207-336, en p. 238; y recientemente Ch. Habicht, «Der Kyniker Teles und die Reform der athenischen Ephebie», *ZPE* 93, 1992, pp. 47-49, en p. 48.

²³ Cf. *Rel.* II 6, 2, y *Rel.* III 24, 5 Hense.

do demasiado literal, creyendo ver aquí al simple maestro de escuela secundaria²⁴. Con ello, ofreció un motivo más a los detractores de nuestro moralista, quienes pretendieron limitarlo a esta supuesta profesión, como mero educador de unos pocos adolescentes, fáciles de impresionar, incapaz, en cambio, de mover y edificar a hombres maduros. Pero Wilamowitz iba en realidad mucho más allá. Al vincular el género de la «prédica» moral pagana al sermón cristiano, convirtió a Teles en el «más antiguo precedente conocido» de éste²⁵, lo que no tardó en suscitar una tan subjetiva como desproporcionada polémica, donde se trataba siempre de proponer a un representante supuestamente más digno de tal honor²⁶. Ciertamente Wilamowitz no dejaba de imaginar a Teles como a uno más de los que sin duda debieron de ser numerosos cultivadores del género (un personaje tan «completamente insignificante»²⁷ que sólo al azar debe que se hayan conservado sus textos²⁸), pero juzgaba que con ello se adecuaba el autor plenamente al tipo filosófico y literario que representaba. Y desde luego no se puede negar la evidencia de que los textos que de Teles nos han llegado suponen para nosotros, guardadas por supuesto todas las distancias, el referente literario más antiguo de lo que será la prédica cristiana.

En cualquier caso, ahora los filólogos tenían un nuevo motivo para ocuparse de nuestros textos: el constituir los mismos el más antiguo y directo testimonio del género que pronto se llamaría con el nombre de «diatriba» y al que poco a poco se le iría concediendo enorme vigencia e influjo, al tiempo que un afán de reconstrucción excesivamente optimista le iría restando credibilidad como género literario propiamente dicho²⁹. Nos referimos a la confusa, por más que persistente, tradición de la «diatribomanía»³⁰.

²⁴ *Ibid.*, p. 307.

²⁵ *Ibid.*, p. 314 s.

²⁶ Cf. sobre todo G. Süpfle, «Zur Geschichte der cynischen Secte. Erste Teil, II: Ist der Cyniker Teles mit Recht als der älteste Vorfahr des geistlichen Redners bezeichnet worden?», *AGPh* 4, 1891, pp. 418-422.

²⁷ *Ibid.*, p. 313. //

²⁸ *Ibid.*, p. 291.

²⁹ Al menos en el sentido de una estricta «popularis philosopha dialexis», como ya denunció O. Halbauer, *De diatribis Epicteti*, Diss. Leipzig 1911, p. 3, 35 s.

³⁰ El término de reprobación «diatribomanía» remonta a Th. Sinko, «O t. zw. diatrybie cyniczno-stoickiej» [en polaco, «La llamada diatriba cínicó-estoica»], *Eos* 21, 1916, pp. 21-64, en p. 21 (cf. la recensión de J. Sajdak, *WKPh* 34, 1917, cols. 791-793). Véase al respecto *infra* n. 70

Pero entrar en esta cuestión nos llevaría demasiado lejos. Diga-mos aquí tan sólo que, dada la pérdida de las «diatribas» del que se tenía por creador del género, Bión de Borístenes, y dado que nuestro modesto moralista cita a Bión varias veces en los textos conservados, éstos pasaron a ser objeto, más que de un necesario y legítimo estudio autónomo, de un expolio continuo por parte de los filólogos en su afán por intentar reconstruir las «diatribas» de aquél, práctica que pronto sería denunciada —en vano— con otra designación reprobadora, la de «*biomanía*»³¹.

En efecto, pese a los esfuerzos de Wilamowitz para poner en su verdadero contexto a la persona y la obra de Teles, desde donde se comprenden muchas de las características de los textos conser-vados, al tiempo que se revelan fuera de lugar posibles críticas in-telectualistas o classicistas, seguía viva una disposición poco favo-rable de la filología, que acuñó la idea de un Teles como puro imi-tador de Bión sin el menor ingenio, sin la menor inteligencia: así en Dümmler³², Wachsmuth³³ o Heinze³⁴.

Y es aquí donde situamos el tercer momento decisivo en el es-tudio de Teles, que viene marcado ahora por Hense. Debemos ante todo decir que realizó Hense un trabajo extraordinario como editor, subsanando sobradamente la precariedad que había la-mentado al respecto Wilamowitz³⁵. Hasta entonces, en efecto, los críticos habían prestado atención a la *emendatio* de la *Antología* de Estobeo, pero descuidando la *recensio*, que sólo llevarían a ca-bo de forma metódica, en su edición conjunta del antólogo, Wach-smuth³⁶ y Hense³⁷, actividad en cuyo marco produjo el segundo sus dos ediciones separadas de las *Teletis Reliquiae*³⁸.

³¹ Cf. G. Siefert, *Plutarchs Schrifts Περὶ εὐθυμίας* (Beilage zum Jahresbericht der königl. Landesschule Pforta), Naumburg 1908, p. 3 n. 4.

³² F. Dümmler, *Antisthenica*, Diss. Bonn, 1882 [= *Kleine Schriften*, I, Leipzig 1901, pp. 10-78], p. 70.

³³ C. Wachsmuth, *Corpusculum poesis epicae graecae ludibundae*, II: *Sillographorum Graecorum reliquiae*, recognovit et enarravit C. W., praecedit commentario *De Timone Phlasiio ceterisque sillographis Graecis*, Leipzig 1885, p. 75.

³⁴ R. Heinze, *De Horatio Bionis imitatore*, Diss. Bonn 1889, p. 19.

³⁵ Cf. Wilamowitz, *op. cit.*, p. 292.

³⁶ C. Wachsmuth, *Ioannis Stobaei Anthologii libri duo priores qui inscribi solent Eclogae physicae et ethicae*, vols. I-II, Berlín 1884 (reimpr. Berlín-Neukölln 1958).

³⁷ O. Hense, *Ioannis Stobaei Anthologii libri duo posteriores*, Berlín vol. I: 1894 (liber tertius), vol. II: 1909, vol. III, 1912 (liber quartus) [reimpr. Berlín-Neukölln 1958].

³⁸ O. Hense, *Teletis Reliquiae*, Friburgo de Brigovia 1889¹ [en adelante = *TR*]¹, Tubin-ga 1909² (reimpr. Hildesheim-Nueva York 1969) [= *TR*]².

Ahora bien, a lo largo de los extensos Prolegómenos y notas³⁹ de su edición, Hense sancionó una visión de los textos conservados y del trabajo mismo de Teles que ha determinado, creemos, bastante negativamente toda la filología posterior. Ésta, en efecto, se ha movido más por la inercia y la comodidad de los presupuestos de Hense que por criterios objetivos y de verosimilitud. La hipótesis del editor es bien conocida: que Teles se limita siempre a reproducir a Bión, incluso cuando es a otros autores a los que menciona, salvo sólo Estilpón de Mégara, cuya lectura directa Hense le concede sin duda porque pensaba que Teles era también megarenses. Heinze⁴⁰ asintió a este análisis simplista de las fuentes, como Susemihl⁴¹ —aunque algo dubitativo— y Giesecke⁴². Éste último fue incluso, al cabo, más radical, negando tuviese Teles la agudeza de ingenio suficiente para «indagar» por su cuenta en los diálogos de Estilpón, sino que también aquí siguió al boristenita⁴³. En fin, la tesis de Hense tuvo acogida favorable en las reseñas de Wendland⁴⁴, Körte⁴⁵ y Wilke⁴⁶, y, aunque la recibieron en las suyas con un espíritu más crítico y escéptico Arnim⁴⁷ y Praechter⁴⁸, y se mostraron abiertamente contrarios Hirzel⁴⁹ y Crönert⁵⁰, la visión que se ha hecho tópica de las fuentes de Teles ha sido, como de-

³⁹ Las notas fueron introducidas en *TR*².

⁴⁰ R. Heinze, «Ariston von Chios bei Plutarch und Horaz», *RhM* 45, 1890, pp. 497-523, en p. 509.

⁴¹ F. Susemihl, *Geschichte der griechischen Literatur in der Alexandrinerzeit*, I, Leipzig 1891, p. 38 n. 108 e.

⁴² A. Giesecke, *De philosophorum veterum quae ad exilium spectant sententiis*, Diss. Leipzig 1891, p. 3 ss.

⁴³ *Ibid.*, p. 32.

⁴⁴ P. Wendland, recens. a *TR*¹, *BPhW* 11, 1891, cols. 456-459, en col. 457.

⁴⁵ A. Körte, recens. a *TR*¹, *WKPh* 8, 1891, cols. 347-350, en col. 349.

⁴⁶ K. Wilke, recens. a *TR*², *BPhW* 30, 1910, cols. 451-456, en col. 453 s.

⁴⁷ Cf. H. v. Arnim, recens. a *TR*¹, *GGA* 1890, pp. 124-128, en p. 126 ss.

⁴⁸ K. Praechter, «Bericht über die Litteratur zu den nacharistotelischen Philosophen (mit Ausschluss des älteren Akademiker und Peripatetiker und von Lukrez, Cicero, Philo und Plutarch) für 1889-1895», *JAW* 96, 1898, Erste Abteilung, pp. 1-106, en p. 18.

⁴⁹ R. Hirzel, *Der Dialog. Ein literarhistorischer Versuch*, Leipzig 1895 (reimpr. Hildesheim 1963), I, p. 368 n. 1.

⁵⁰ *Kolotes und Menedemos...*, p. 43. El desacuerdo de Crönert con la simplista visión de Hense iba, sin embargo, ligado a un análisis demasiado artificioso y atrevido de los textos conservados. En efecto, Crönert, *ibid.*, pp. 37-45, pretendía distinguir con toda exactitud los niveles textuales que corresponderían supuestamente a las fuentes de Teles, a Teles mismo y, por último, a su epitomador Teodoro, quien, contrariamente a lo que pensaba Wilamowitz (y luego Hense), habría intervenido, según Crönert, con bastante libertad en los textos de Teles. Esta idea exagerada sobre el epitomador la había sostenido ya H. Diels, recens. a *TR*¹, *DLZ* 1, 1890, cols. 1159 s.

cíamos, la de Hense, más aún sin la concesión estilponea: la de un Teles = Bión. El propio editor acuñó esta ecuación en 1890 al emplear la fórmula «Bión-Teles» para referirse a nuestros textos⁵¹. Más tarde Burgess⁵², fiel al expediente, evocaba «la διατριβή de Bión-Teles», mientras que Geffcken⁵³ prefería la fórmula «las diatribas de Teles-Bión», añadiendo en una nota⁵⁴: «yo soy el último en afirmar que por doquier tenga que ser Teles = Bión»⁵⁵.

En relación con ello se ha impuesto también la imagen de un Teles «discípulo» del boristenita, imagen que se proyecta desde Súpflé⁵⁶ hasta Tsekourakis⁵⁷. Una sorprendente formulación de semejante magisterio, por supuesto del todo hipotético, la encontramos en el citado libro de Fiske sobre Lucilio y Horacio, en cuyo índice s.v. «Teles» podemos leer: «Teles, epitomador y sucesor de Bión; véase Bión». Otra idea viene ligada a toda esta concepción: la de un Teles como simple compilador de Bión. Tal hipótesis ha gozado de una extraordinaria vigencia, pese a que en modo alguno la sostiene una lectura desapasionada de nuestros textos, y pese a que supone, en realidad, la negación de la propia naturaleza originaria de los mismos como discursos morales eficaces. Baste citar entre nosotros a Roca Ferrer: «Teles, predicador errante..., compiló sus escritos (sc. los de Bión)»⁵⁸; «...recopilador de diatribas cínicos-estoicas» (!), «...ha sido su transmisión del Boristenita la aportación más valiosa que la posteridad le debe»⁵⁹. Igual de inverosímil y artificiosa resulta la cronología que Hense (frente a Wilamowitz) propone para los discursos de Teles, al afirmar, con-

⁵¹ O. Hense, «Ariston bei Plutarch», *RhM* 45, 1890, pp. 541-554, en p. 551.

⁵² Th. C. Burgess, «Epicletic Literature», *University of Chicago Studies in Classical Philology* 3, 1902, pp. 89-261, en p. 237.

⁵³ J. Geffcken, «Studien zur griechischen Satire», *NJA* 27, 1911, I: pp. 393-411, II: pp. 469-493, en p. 406.

⁵⁴ *Ibid.* n. 11.

⁵⁵ Con posterioridad encontramos la fórmula «Bión-Teles» en G.C. Fiske, *Lucilius and Horace. A Study in the Classical Theory of Imitation* (University of Wisconsin, Studies in Language and Literature, 7), Madison 1920 (reimpr. Hildesheim 1966), p. 192; H. Throm, *Die Thesis. Ein Beitrag zu ihrer Entstehung und Geschichte* (Rhetorische Studien, 17), Paderborn 1932, p. 9; J. Roca Ferrer, *Kynikós trópos. Cínismo y subversión literaria en la antigüedad* (BIEH, 8), Tesis Barcelona 1974, pp. 114, 138, 152; o B.P. Wallach, *Lucretius and the Diatribe against the Fear of Death, De rerum natura III 830-1094* (Mnemosyne Suppl., 40), Leiden 1976, pp. 70 n. 80, 81, 90.

⁵⁶ *Art. cit.*, p. 420.

⁵⁷ D. Tsekourakis, «Τὸ στοιχείο τοῦ διαλόγου στὴν κυνικοστρωκὴ 'διατριβή'», *Hellenica* 32, 1980, pp. 61-78, en p. 66.

⁵⁸ *Op. cit.*, p. 28.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 54 s.

forme a su visión simplista de los mismos, que hacia el mismo año 240 a.C. fueron compuestas —compiladas— no sólo la pieza en torno al exilio sino también las restantes de que nos han llegado restos⁶⁰.

Si la edición particular de sus *reliquiae* podía en principio hacer pensar en una reivindicación de nuestro autor, a través de su estudio autónomo, lo cierto es que, según vemos, Hense, como luego sus seguidores, se muestra mucho más interesado en Bión. Teles aparece como un simple intermediario en su afanosa y entusiasta reconstrucción de la obra perdida de aquél, mediante el subjetivo método del *Bionem redolet*, consistente en la reivindicación de la paternidad bionea allí donde se detecta el menor rasgo de ingenio o la menor manifestación del procedimiento serio-cómico (el *spoudogeloion*). De tal modo, se despacha Teles, según una especie de tópico filológico, como «índigno de ser leído si no es por la pérdida de la mayor parte de la prosa contemporánea»⁶¹, al tiempo que se pretende que todo lo meritorio que se puede hallar en él debe ser explicado como copia de sus fuentes —que es prácticamente lo mismo que decir de Bión—. En realidad, resulta por completo quimérico querer establecer en nuestros textos una distinción entre partes excelentes debidas al talento del boristenita y otras deficientes de la propia cosecha de Teles, donde *aperte prodatur mediocre hominis iudicium et imbecillum*⁶². La imputación a Teles de poco ingenio y cultura se ha convertido, sin embargo, en otro tópico reiterado hasta la saciedad. Nos limitamos a citar aquí sólo a algunos de sus más recientes portavoces, como Paquet⁶³ o Rankin⁶⁴, así como Schweingruber⁶⁵, quien llegó a calificar de «mamarracho» (*Machwerk*) los escritos de nuestro moralista.

Esta imagen, como decimos, es sólo resultado de la *biomanía*, que ha tenido en Teles a su más indefensa víctima. Cuando los simplistas postulados de la *Quellenforschung* han sido ya revisados a fondo en el caso de tantos otros autores, no podemos negarle al nuestro, por modesto que fuese, un esfuerzo de comprensión

⁶⁰ *TR*¹, p. XXVII = *TR*², p. XXXVI.

⁶¹ *TR*², p. XLII.

⁶² *Ibid.*

⁶³ L. Paquet, *Les Cyniques grecs. Fragments et témoignages* (Collection Philosophica, 4), Ottawa 1975, p. 12; nouv. éd rev., corr. et augm. (Collection Philosophica, 35), 1988, p. 4.

⁶⁴ H.D. Rankin, *Sophists, Socratics and Cynics*, Londres-Camberra 1983, p. 242.

⁶⁵ F. Schweingruber, «Sokrates und Epiktet», *Hermes* 78, 1943, pp. 52-79, en p. 78.

autónoma. Para ello basta leer los textos conservados, como hiciera Wilamowitz, sin demasiados prejuicios exegéticos ni desproporcionados intereses ajenos. Pues bien, esta nueva fase necesaria y legítima de los estudios teleteos cuenta, por fortuna, con un cercano valedor en el último editor del boristenita, Kindstrand⁶⁶, el cual, si bien todavía con demasiada cautela y timidez, declaraba, a propósito de las opiniones de Hense, que había que guardarse de menospreciar la capacidad y la formación literaria y filosófica de Teles.

Bión en Teles, para nosotros, debe ser visto sólo como una «autoridad» más entre las que invoca el moralista en determinadas ocasiones, no estrictamente para reproducirlas sino como punto de partida o referencia de apoyo de su propio discurso. Encontramos de Bión en nuestros textos siete menciones. Ningún argumento riguroso puede demostrar que, por ejemplo, las cinco de Sócrates, las ocho de Diógenes, las diez de Crates o la de Jenofonte, Zenón y Aristipo, por no hablar de las referencias a los poetas ni a los más anónimos proverbios, tengan por fuerza una procedencia bionea. Por mucho que la ecuación Teles = Bión tiene a los que lamentan –sin duda con razón– la pérdida de la obra del boristenita, no podemos hoy reconocer un fundamento sólido a la pretensión de recuperar un máximo de dicha obra a través de los restos conservados de la de Teles, a costa no sólo de la dignidad de Teles como autor sino muchas veces (lo que es más importante) de la propia coherencia y verosimilitud de sus textos. En efecto, las interpretaciones de la crítica tradicional llegan incluso a suponer que nuestro moralista (de modo a todas luces inoportuno y anacrónico) habría hablado delante de su público como si fuera el mismo Bión de Boristenes. Teles fue sin duda un pensador sin originalidad y un orador modesto, pero no hay en rigor nada que pueda negarle la cultura filosófica y literaria y el talento retórico suficientes como para haber sido un digno predicador, pedagogo en sentido profundo, el que solía tener el término en época helenística⁶⁷. Ni siquiera el más estúpido de los oradores habría llegado, *Bionem pedisequus*, a tal grado de enajenación como para

⁶⁶ J.F. Kindstrand, *Bion of Borysthenes. A Collection of the Fragments with Introduction and Commentary* (Acta Universitatis Upsaliensis: Studia Graeca Upsaliensia, 11), Uppsala 1976, p. 82 ss. Cf. también S.K. Stowers, *The Diatribe and Paul's Letter to the Romans* (SBL Diss. series, 57), Chico 1981, p. 50 s.; y Th. Schmeller, *Paulus und die «Diatribe»*. Eine vergleichende Stilinterpretation (NTA NF, 19), Diss. Munich 1987, p. 103 ss.

⁶⁷ Cf. H.-I. Marrou, *Historia de la educación en la Antigüedad* (trad. de la 6ª ed. francesa, París 1964), Madrid 1985, p. 192.

pronunciar sus enseñanzas con los hipotéticos presupuestos enunciativos del boristenita, por encima de la verosimilitud y eficacia mínimas de la palabra. Ello es lo que hemos tratado de poner de relieve a lo largo de nuestra Tesis doctoral⁶⁸, intentando avanzar una nueva lectura sin la sombra turbadora de Bión⁶⁹.

En fin, la verdadera nueva lectura debe pasar por una revisión completa de los textos mismos. La edición de Hense, como dijimos, es admirable, pero su autor introduce correcciones o establece supuestas simetrías que no tienen siempre muy en cuenta las peculiaridades que parece obligado reconocer al género de la «diatriba» moral dirigida a un auditorio más o menos indeterminado (popular), género del que nuestros textos son el mejor testimonio⁷⁰: nos referimos sobre todo a su carácter coloquial (relajado, elíptico, asociativo) y redundante. Sin embargo, dicha edición sigue siendo todavía el único instrumento fiable de que disponemos, por cuanto la obra de O'Neil⁷¹, con introducción, edición, traducción y notas, debe ser utilizada con cautela⁷². A quien debemos seguir aquí es a Barigazzi⁷³, cuyas notas al texto de la diatriba sobre

⁶⁸ *Las diatribas de Teles. Estudio introductorio y comentario de los textos conservados*, Granada 1990 [1991 microfichas], Tesis dirigida por el Prof. J. Lens Tuero. Preparamos actualmente su publicación, revisada y traducida al francés, en la colección «Histoire des doctrines de l'Antiquité classique» dirigida por el Prof. J. Pépin para la editorial J. Vrin (Paris). La primera parte contiene una historia crítica pormenorizada del concepto filológico de «diatriba» (Tesis, pp. 1-111). Nuestro tratamiento de esta cuestión es independiente originariamente de las descripciones similares realizadas respectivamente por los citados Stowers, *op. cit.*, pp. 7-78, y Schmeller, *op. cit.*, pp. 1-54, cuyos puntos de vista estamos integrando por supuesto en la versión francesa.

⁶⁹ Hemos realizado una síntesis de nuestros puntos de vista en el artículo «Teles Reconsidered», en R.B. Branham & M.-O. Goulet-Cazé (edd.), *The Cynics. The Cynic Movement in Antiquity and its Legacy for Europe*, Atlanta [en prensa].

⁷⁰ Al margen de la confusión de la «diatribomanía», utilizamos el término «diatriba», siguiendo a Stowers (que a su vez es heredero de Halbauer), en su más puro sentido antiguo, como descriptivo simplemente de una realidad de trato pedagógico. En el plano literario, dejando a un lado los intentos (frustrados) de definición de quienes invocan una serie de rasgos formales o de contenidos estrictos, «diatriba» describe para nosotros en general todo aquello que puede caracterizar un discurso como funcionando en el marco de un cierto tipo de relación maestro-discípulo (en un sentido amplio). Desde este punto de vista, es evidente que no será razonable afirmar la existencia de un solo tipo de diatriba sino de varios, según las diversas modalidades en que pueda manifestarse dicha relación. El *corpus* ingente resultante de la «diatribomanía» deberá, pues, ser minuciosamente revisado con el mayor espíritu crítico, de tal modo que se vayan depurando los materiales ajenos y se vayan caracterizando los que verdaderamente presenten el esquema maestro-discípulo (como reflejo de una realidad o como simple estrategia retórica) de la manera más clara y distintiva posible.

⁷¹ E.N. O'Neil, *Teles (The Cynic Teacher)* (SBL, Texts and Translations, 11; Graeco-Roman Religion, 3), Missoula 1977.

⁷² Basta citar las severas recensiones de J. Glucker, *CR* 94, 1980, p. 150 s.; y M.-O. Goulet-Cazé, «Têles le Cynique», *REG* 94, 1981, pp. 166-172.

⁷³ A. Barigazzi, «Note al 'De exilio' di Telete e di Musonio», *SIFC* 34, 1962, pp. 70-82.

el exilio, injustamente olvidadas o desatendidas por estudiosos y traductores, marcan el buen camino para una posible futura reedición global de los textos. Barigazzi adopta, en efecto, una perspectiva más adecuada a la naturaleza originaria de estos textos (como sencillos y espontáneos discursos moralizantes ejecutados oralmente), al tener en cuenta la ductilidad psicológica del sentimiento intuitivo –*ratio* bentleyana– y no sólo la lógica de la mente –método «lachmanniano»–.

PEDRO PABLO FUENTES GONZÁLEZ
Universidad de Granada